

# RUTA REINA DE SABA

TEXTO: Marián Ocaña

FOTOGRAFÍAS: Vicente Plédel

Durante cuatro meses un equipo formado por 4 personas y dos Mitsubishi Montero españoles, dirigidos por nuestro colaborador Vicente Plédel, han recorrido la fascinante y extraordinaria ruta de la Reina de Saba por Arabia y África Oriental. Una aventura que se inicia en las prodigiosas tierras de Yemen donde esta mítica y legendaria reina extendió sus dominio hace más de 3.000 años.

## FORTALEZAS ENTRE LAS NUBES

Al entrar en **YEMEN**, la "Arabia Felix" de los romanos, nos vemos trasladados en el tiempo y en el espacio a un sorprendente escenario donde altas y sólidas construcciones únicas en el mundo nos muestra un estilo singular y original. Sana'a, su capital, ha conseguido el orgullo de ser declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Las ventanas compuestas de vidrios multicolores son enmarcadas por el elegante trazado blanco del yeso y rematan las soberbias fachadas de roca y adobe. El entorno nos va transmitiendo poco a poco la sensación de que avanzamos no sólo por un espacio de calles y mercados sino por un túnel del tiempo que nos descubre un mundo intemporal de vivencias y bellezas que se van a multiplicar por los diversos pueblos que recorreremos.

Por sus calles podemos ver pasear orgullosos y altivos, como antaño, a los yemeníes con sus tradicionales jambias, un puñal curvo que a la cintura representa un atributo simbólico del hombre. Al tiempo que mascan el qat, hojas parecidas al limonero que les aporta una eufórica sensación de bienestar. Mientras sus mujeres continúan vistiendo el inconfundible chador o "sitara" que las mantiene ocultas pero no ajenas a la intensa vida que se desarrolla a su alrededor.

Desde la capital nos ponemos en marcha con nuestros todoterrenos para dirigirnos Wadi Dahr, a tan sólo 15 kilómetros de Sana'a, donde se encuentra el símbolo del país representado en el Palacio de la Roca, Dar al Hajar, un magnífico edificio construido al estilo tradicional sobre una enorme roca. La arquitectura subyuga a todo los visitantes pero la vista desde el risco que domina todo el fértil valle nos deja sin respiración.

El carácter estrictamente defensivo de las construcciones se manifiesta constantemente en los múltiples pueblos que jalonan esta fortaleza natural de desafiantes montañas, como corresponde a una sociedad esencialmente tribal, regida por estrictas reglas tradicionales basadas en el orgullo y honor. Así Tula se nos revela emergiendo sus casas-torreones entre las recias murallas que la rodean. O Amram, de sobria belleza medieval, que cuenta con un precioso y antiquísimo casco antiguo.

Por la carretera que nos conduce de nuevo a Sana'a nos desviamos hacia Kawkaban, un auténtico nido de águilas, inconquistable en épocas guerreras, que se encarama a 3.000 m de altitud sobre el jebel (montaña) del mismo nombre. Nuestras miradas vagan libremente mientras divisamos a nuestros pies la ciudad de Shibam y la impresionante meseta que se extiende hasta el infinito.

Siguiendo dirección Este, a través de las cordilleras montañosas, alcanzamos la preciosa ciudad de Al-Tawila, que se agarra a la ladera de la abrupta montaña que la domina. Casas de varios pisos se elevan sobre las impresionantes rocas que salpican todo el poblado.

La zona de Al-Mahwit nos deleita con un marco incomparable de ancianas casas en piedra trepando por colinas y con su blanca mezquita que a la hora de los rezos suscita un fervoroso ir y venir de fieles devotos que se dirigen prestos al interior de su sagrado santuario, tras las metódicas y reiterativas abluciones en la fuente de la entrada.

A partir de esta población es posible recorrer el Wadi Surdud, un itinerario sobrecogedor por el corazón de las montañas. La estrecha carretera asfaltada deja de existir al salir del pueblo y da paso a una sinuosa pista descendente. La oscuridad y la bruma que acompaña nuestra salida de madrugada ocupa los valles y lentamente la oscuridad se va rompiendo por los rayos del sol que tímidamente comienzan a proyectarse. Los picos de las montañas que nos rodean se van perfilando a nuestro alrededor y a nuestros pies una nebulosa sigue adueñándose de los valles.

La espectral niebla se retira y el paisaje comienza a adquirir nitidez. Avanzamos por estrechos valles pero en los más altos riscos vislumbramos increíbles pueblos encaramados en picos que parecen desafiar la gravedad, silenciosos centinelas de un mundo pasado. Y finalmente entramos en el cauce del Wadi Surdud, recorriendo los últimos 30 km por el agua. En mucho de sus tramos discurrimos por auténticos túneles de juncos que nos ocultan el sol. En sus márgenes pequeñas aldeas extienden sus campos alimentados por el wadi mientras los lugareños nos observan y sonrían a nuestro paso. Después de 30 km de vadeos, rocas y piedras alcanzamos de nuevo el asfalto.

En nuestro regreso hacia Sana'a nos desviamos por una angosta pista asfaltada para llegar a Manakha, que situada a media ladera de la montaña domina el lugar. Tenemos la fortuna de coincidir con su animado y bullicioso mercado donde puestos de mil y un productos se mezclan: ropa, frutas, verduras, pollos, dulces, especias... mientras el ambiente se impregna por el aroma del incienso y la mirra que se quema perezosamente como lo ha hecho a lo largo de los siglos.

Desde Manakha seguimos ascendiendo por una inquietante y empinada pista de tierra y piedras que ziguea escoltada en el flanco derecho por un impresionante precipicio. Nuestra meta: Al-Hajjarah, a 3.000 m de altura, un espectacular pueblo levantado sobre un peñasco rocoso. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, cuando los lugareños decidieron transformar este promontorio en un pueblo fortificado, nunca fue conquistado... nunca fue destruido y cuando los viajeros llegan a sus puertas las almas se sobrecogen antes sus altas

viviendas colgadas sobre el barranco. Deambulamos por las estrechas callejuelas que suben y bajan siguiendo los deseos caprichosos de la enorme mole rocosa entre la que se dispersa.

Desde aquí y con estas deliciosas e imborrables imágenes nos volvemos hacia Sana'a cuando el sol comienza esconderse tras las majestuosas montañas donde las fortalezas vigilantes dominan esta zona de la tierra aliadas estratégicamente con las nubes.

## **TIERRA DE MITOS Y LEYENDAS**

Pero más allá de las montañas, en las lindes del desierto de Ramlat al-Sabatain, hacen acto de presencia los restos del emblemático Reino de Saba: Marib y Shabwa, lugares donde se asentó una de las más grandes y a la vez desconocidas civilizaciones del mundo. A las afueras de la actual Marib se levantan las milenarias columnas del Templo de la Luna, en otro tiempo símbolo majestuoso del gran poder del Reino de Saba. Numerosas caravanas cargadas de incienso y mirra descansaron a la sombra de los copiosos palmerales de Marib. Un gigantesco dique a las afueras de la ciudad, conserva aun retazos de sus solidas paredes, esparcidos por la gran extensión que ocupó con inscripciones de la escritura genuinamente sabea que las tatuó eternamente. Esta portentosa presa permitió el cultivo de gran cantidad de cereales y frutos abasteciendo a una población de 50.000 personas hace 3.000 años. Efectivamente, el poder del Reino de Saba se conocía desde Roma hasta La India.

De nuevo nuestro todoterrenos se emplean a fondo por las arenas de Ramlat al-Sabatain, transformando nuestro avance en un intrigante peregrinar a través de sus sugerentes dunas y hamadas (pista dura), excitante travesía por el desierto... donde las arenas tostadas por el sol van dejando paso a grandes extensiones que se deslizan entre las monumentales paredes del wadi que poco a poco nos va acercando al corazón del Wadi Hadramut. En Hadramut, se funden sueños, leyendas y realidad en sus ciudades más antiguas: Sayun, Tarim y la impresionante Shibam.

Shibam, capital del Hadramut, goza la fortuna de ser Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO como su homóloga Sana'a. Aun conserva su fascinante aspecto medieval con rascacielos construidos en adobe y madera hace más de cinco siglos. Más de 500 edificios, muchos de ellos llegan a superar los nueve pisos, se aferran en sus posiciones originales. Desafían las furiosas crecidas que provoca el wadi (río estacional) que se desliza a sus pies y a los más de quinientos años que han pasado sobre ellas. Al otro lado del wadi, desde una colina que se eleva por encima del casco moderno, podemos contemplar una soberbia vista panorámica que deja bien patente el orgulloso carácter del asombroso y excepcional "Manhattan del Desierto".

Desde Shibam nos trasladamos a la ciudad de Sayun, la "Ciudad del Millón de Palmeras". Desde el gigantesco y resplandeciente Palacio del Sultán podemos distinguir un océano de palmeras, cobijo en otros tiempos de las numerosas caravanas que transportaban incienso, mirra y especias por la emblemática ruta. Desde este privilegiado mirador observamos las místicas atalayas de los minaretes de las mezquitas, la cúpula turquesa de la

tumba de su venerado hombre santo Habshi y las robustas paredes rocosas del wadi donde se halla encajada la preciosa ciudad.

Por último, Tarim es la encargada de cerrar esta cautivadora trilogía. La originalidad de este asentamiento está provocada por las 354 mezquitas que se alzan por toda la ciudad, una para cada día del año islámico. Aunque la reina indiscutible de este despliegue religioso-artístico es la mezquita de al-Muhdar, el techo de la ciudad con su 60 m de altura. Paseando por sus calles nos encontramos con insólitos palacios y residencias con un marcado acento asiático-oriental, de parajes tan lejanos como Singapur o la Isla de Java. Lugares de donde regresaron aquellos yemeníes que emigraron para hacer fortuna y a su regreso plasmaron en sus exóticas y lujosas viviendas.

Pero Wadi Hadramut es una fuente inagotable de mezquitas, tumbas, fortalezas, antiguas ciudades y espacios arqueológicos inauditos que convierten este pedazo de Yemen en algo inolvidable... y siempre rodeados de las omnipresentes paredes del cañón, que vigilantes albergan toda esta inacabable fuente de prodigios.

Siguiendo el Wadi Do'an hacia el sur podremos descubrir pueblos-oasis que se encaraman por la falda de la roca, pueblos donde se respira una serenidad envidiable, escenas intemporales que impregnan el recorrido con un encanto irreplicable. Hasta que lejos de la tierra seca, los milagrosos oasis y los caminos de piedra alcanzamos la costa. Mukalla nos invita a zambullirnos en el Océano Índico y disfrutar de una exuberante fauna y flora submarina.

Pero nuestros ojos, tras la intensa y admirable experiencia vivida en un país tan seductor como el Yemen, comienzan a otear otros horizontes... al otro lado del Mar Rojo, en lugares que también pertenecieron a este gran reino

## **EL PEQUEÑO Y GRAN DESCONOCIDO**

Vamos a dar el gran salto desde el fascinante y misterioso continente asiático al no menos sorprendente y exuberante continente africano. Antes de alcanzar de nuevo el Reino de Saba en África debemos cruzar un pequeño e injustamente ignorado país: **DJIBUTI**.

Tierra muy accidentada y dominada por macizos volcánicos, nos sitúa frente a un recóndito territorio donde la naturaleza bostezó y transformó su rostro para concebir lugares tan insólitos como el Lago Assal, un resplandeciente e infinito lago salado a 153 m bajo el nivel del mar. Bordeando el lago, ceñido por una aureola blanca resplandeciente, nos muestra toda su impresionante belleza. Dentro del agua se forman bloques de sal y yeso que cristalizan creando curiosas figuras de color miel que sobresalen en sus orillas mostrándonos un original museo de tallas naturales al aire libre. Y en medio de esta constelación de brillos distinguimos la silueta de una caravana de un pueblo mítico: los Afar. Acceden a este blanquecino universo por sendas exclusivas, sólo transitables por dromedarios, pues saben que el lago constituye una fuente de riqueza inagotable. Acuden a buscarla acompañados por largas caravanas de camélidos a los que cargan con enormes sacas de sal, transportándolas por las escarpaduras etíopes para ser vendidas en los mercados del país abisinio.

Es por su bravura y carácter gallardo que las primeras caravanas comerciales del Reino de Saba, sobre todo las de oro e incienso, se aliaron a los Afar para ser guiados y protegidos a su paso por el desierto de Danakil hasta el Golfo de Tadjoura.

Pero nuestra caravana motorizada debe seguir también su camino nómada y decir un hasta luego al pueblo Afar para dirigirnos hacia un escenario de tierras más generosas, hacia el único foco en que la seca estepa y el desierto pedregoso deja paso a colinas y montañas tapizadas por una frondosa cobertura vegetal: el bosque de Day. Una visión poco usual en este pequeño trozo de tierra estéril. A medida que ascendemos el paisaje se transforma en un habitat de vegetación densa y boscosa cubriéndonos hasta tal punto, que como un efecto camaleónico, nuestros vehículos parecen integrarse totalmente con el intenso follaje. Tras recorrer las pequeñas poblaciones que salpican este privilegiado rincón selvático nos reunimos de nuevo con la costa.

El ir y venir de la marea ha transformado tan agreste paisaje en suaves playas de oscuras arenas volcánicas que contrastan con las aguas turquesas. Frente a nosotros la Isla del Diablo, viejo volcán extinguido que se erige como nuestro vigía en tan insólito lugar.

Orientando nuestro rumbo hacia el suroeste comenzamos a rodar por la gran llanura desértica del Grand Bara. Una tierra infértil en la que los espejismos y las nubes cirrosas se entremezclan en el lejano y plano horizonte.

Pocas cosas nos descubre el Gran Bara pero su dura planicie de arcilla blanca y el fuerte viento que la golpea permite desarrollar un curioso deporte que puede resultar muy divertido para aquellos amantes de los deportes de acción y riesgo. Con carros de vela, a modo de windsurfing, se puede navegar sobre tres ruedas con estos originales artilugios, pudiendo alcanzar velocidades de hasta 80 km/h.

Tras abandonar tan inhóspito lugar nos encaminamos a explorar uno de los lugares más recónditos y extraños del país para avanzar por la planicie de Gobaad hacia el lago Abbé. Se trata de un escenario irreal que deja terreno libre para que vuele la fantasía. Los asombrosos parajes lunares de Abbé, donde la tierra parece derretirse bajo el sol ardiente, configuran un mundo de formas extrañas, casi mágicas. A lo lejos se recortan extrañas formaciones rocosas que como un espejismo se levantan ante nuestros cansados ojos. Un universo misterioso de chimeneas y esculturas, geología que emerge de la nada y agujas espectrales agrupadas en castillos naturales de arenisca que nos hacen sentir en un país encantado. Y por lo visto, lo suficientemente convincente para hacer decidir al director de "El Planeta de los Simios" grabar los exteriores de esta famosa película.

Por el camino adelantamos varias caravanas Afar y el lago comienza a intuirse cerca, pero a medida que nos aproximamos a él la costra salina que cubre el terreno se convierte en auténticas trampas camufladas que debemos sortear con extrema cautela.

Desde lo alto de un balcón natural podemos contemplar a lo lejos la gran extensión del Lago Abbé. Este será el punto que marque nuestro retorno a la civilización dejando tras nosotros a las caravanas que deben continuar su largo viaje... como el que nosotros

emprendemos hacia un nuevo país: **ETIOPÍA**, sede africana de la legendaria Reina de Saba.

## **HEREDEROS DE LA REINA DE SABA**

En la antigua Abisinia se conjugan de un modo singular y mágico el arte, la historia, los insólitos reinos cristianos ortodoxos y... las leyendas de la Reina de Saba. La herencia de un apasionado y arraigado legado ha dejado una profunda huella en las almas y en la memoria de sus descendientes que se han comprometido a custodiarlo eternamente.

"En aquel tiempo las caravanas iban de un lado para el otro por pistas aun misteriosas, alcanzando países solamente conocidos por algunos de esos nómadas errantes..." así es como comienza una de las muchas leyendas que componen el singular mosaico histórico de este país.

Aunque Addis Abeba, su capital, no es más que un joven asentamiento de apenas cien años, es aquí donde comenzamos nuestro periplo hacia un norte repleto de genuinos tesoros. Avanzamos por una carretera rodeada de extensos campos de eucaliptos fruto de la intensiva repoblación forestal que emprendió el emperador Melenik II a principios del siglo XX. Aunque nosotros realizamos esta ruta con nuestros todoterrenos, dicha ruta suele realizarse en avión, medio que nos desplaza a cada una de las ciudades descritas a continuación.

La altitud que vamos alcanzando nos rodea de un paisaje montañoso con alturas que alcanzan los 3.000 m. Nos escoltan los picos volcánicos y mesetas de lava y basalto que nos trasladan a un mundo de valles perdidos custodiados por descomunales montañas con infinitas terrazas profusamente cultivadas. Pero por fin comenzamos a alcanzar los asentamientos que tan celosamente guarda Etiopía y en esta ocasión la naturaleza se alza como ángel custodio de tan preciados tesoros. En Weldiya, nos desviamos por una pista de tierra únicamente transitable con 4x4 que después de 120 km de infinitos botes, golpes con las rocas y cruces de cauces de ríos secos nos sitúa en Lalibela. Sus once basílicas no se alzan orgullosas en la meseta para intimidar a los fieles... Lalibela, íntima y secreta como los misterios de la fe, ha sido excavada en la roca; ocultas como el alma, apenas afloran del suelo y tan sólo muestran su esplendor cuando el viajero se asoma desde el borde de las profundas fosas que las aíslan de los alrededores.

Cuenta la leyenda que fue el rey Lalibela, descendiente del mítico hijo del rey Salomón -Melenik I- y de la esclava de la reina de Saba, quien la construyó en una noche con la ayuda de los ángeles. En realidad estos singulares edificios, destinados al culto desde hace siete siglos, revelan la esmerada habilidad de laboriosos artesanos. Unidas entre sí por una red de galerías subterráneas y de pasadizos al descubierto se accede a su interior donde la riqueza de la decoración pictórica se suma a las suntuosas vestimentas que usan los preladados de la Iglesia Ortodoxa de Etiopía.

Dejando atrás los legendarios recintos sagrados. Continuamos cruzando accidentados picos montañosos en plena región Tigré, con profundos cañones y laderas abruptas combinados con altiplanos extensos de cultivos y pastos. Tras cruzar el puerto a Alahe el paisaje cambia bruscamente para dar paso a una zona más árida.

Desde la intrigante ciudad de Adrigat nos dirigimos a Axum, origen del poderoso y floreciente reino Axumita. Serán 131 km por una serie de sinuosas curvas que serpentean por elevados puertos.

De nuevo las leyendas se entremezclan con la historia en esta singular ciudad, capital del Reino de Saba en África. En ella hemos tenido la oportunidad de conocer los restos del palacio, la tumba, el baño de la legendaria soberana que se remontan al primer milenio antes de J.C. Pero sin duda alguna su principal atractivo reside en las altivas estelas que se levantan como legítimas centinelas del varias veces milenario lugar. Un total de 300 estelas y obeliscos siembran los campos de Axum, es la herencia de Saba y de los reyes axumitas que a lo largo de los siglos erigieron para conmemorar batallas, muertes gloriosas o la propagación del cristianismo en Etiopía.

Con las singulares leyendas aun resonando en nuestro pensamiento continuamos nuestro camino desde la mítica capital axumita hasta la ciudad imperial de Gondar tras 370 km.

Gondar, se convirtió de los siglos XVI al XVIII en la sede de los emperadores cristianos etíopes. Para defenderse de los feroces y cruentos ataques de las ordas musulmanas levantaron una serie de fortalezas y palacios con la ayuda de los portugueses que lucharon junto a ellos para proteger al reino cristiano. No deja de resultar extraño pasearse por este trozo de Africa y encontrar una mezcla de arte medieval europeo con retazos ornamentales de inspiración hindú entre los palacios, fortalezas, bibliotecas, iglesias y baños imperiales.

Desde Gondar descendemos hacia el sur a orillas del Lago Tana, por una pista de tierra tras 48 km entre campos de cereales. Al borde del mismo lago entre vegetación exuberante la iglesia de Gorgora, una cabaña circular sostenida por doce columnas de madera, alberga en su interior una de las más representativas y originales iconografías de la región del Lago Tana. Inigualables tesoros pictóricos que también encontraremos en iglesias como Narga Sélassié en el islote de Narga, Uhra Kidane Mehret en la península de Zeghé o la de la Isla de Debré Maryam... serán muchos los santuarios que en tierra firme o en las pequeñas islas emergen de entre las aguas del Lago, alimentadas por las míticas fuentes de Nilo Azul, salpicando su vasto dominio.

Pero de este enorme Lago nace una de las maravillas naturales del país abisinio: las cataratas de Tissisat, en el Nilo Azul, un panorama impresionante de cascadas y rápidos ininterrumpidos, coronados por espectaculares arco iris que se elevan sobre la lujurante vegetación que le rodea.

Al salir de Etiopía dejamos tras nosotros la herencia de este reino milenario y las manifestaciones ortodoxas cristianas, que han distinguido singularmente a este país del resto de África, para proseguir la expedición por una de las zonas de mayor belleza paisajística y reservas naturales del mundo: Uganda, Kenia y Tanzania.

## **SAFARI, LA AVENTURA DE ÁFRICA**

Siguiendo nuestro camino hacia el sur vamos a introducirnos de lleno en el espíritu

africano de la sabana y la vida animal salvaje. En **KENYA** tenemos a nuestra total disposición el exótico encanto de los mayores y más bellos animales salvajes de la tierra... en libertad. Pero antes vamos a recorrer una zona fuera de las rutas habituales del turismo keniano, ya que debemos recorrer la única pista que desde Etiopía nos introduce en Kenia. Duramente castigadas por el fatídico fenómeno meteorológico "el Niño", debemos superar los múltiples obstáculos que nos presenta durante nuestro camino. Barro cuajado con más de un metro de altura por donde circulamos con extremada precaución, grandes socavones inundados de agua que debemos sortear, alta maleza entre la que se esconden desniveles y profundas zanjas de complicado recorrido. Pero finalmente superada las duras pruebas a las que nos somete el arbitrario terreno alcanzamos el Lago Turkana. En sus riberas se encontraron los cráneos de aquellos homínidos que responden como nuestros antepasados en los albores de la humanidad. Las aguas del histórico y anciano lago, son fuente de alimento para las tribus turkana y El-Molo que habitan sus orillas, aguas fuente de alimento pero donde deben extremar las precauciones por los cocodrilos que en ellas habitan.

Y desde esta aislada zona, donde las acacias espinosas entre arbustos atrofiados y matojos florecidos son los únicos suspiros de vida que sobreviven por los lechos de lava petrificada y resquebrajada, duros caminos que debemos recorrer, retomamos el rumbo que nos conducirá hacia tierras menos hostiles que nos descubren tesoros envidiables.

De nuevo en contacto con el asfalto, nos encauzamos hacia los puntos más emblemáticos del Kenia que todos conocemos. Uno de estos magníficos entornos se encuentra en el Lago Nakuru. En él se puede contemplar una descomunal concentración de millones de flamencos rosas que transforman el color de su orilla en un precioso tapiz rosa, aguas que comparten con pelícanos y otras 400 especies de aves. A sus orillas se acercan a beber desde los simpáticos jabalíes verrugosos (facóceros) hasta los hermosos y esbeltos guepardos, entre otras admiradas especies.

Nakuru es el punto de referencia perfecto para dirigirnos a la espectacular reserva natural de Masai Mara.

Tras decenas de kilómetros, por fin alcanzamos la estrella de las reservas naturales de Kenya, Masai Mara. En ella vamos a disponer de 320 km<sup>2</sup> para disfrutar de la imagen sempiterna de la sabana, con las románticas acacias de copa plana entre ondulantes praderas de pasto. La gran reserva cuenta con numerosos lodges (instalaciones hoteleras) donde es posible alojarse rodeados de su generosa y atractiva naturaleza, verdaderos oasis de seguridad y lujo en medio de la idílica sabana africana. Ahora más que nunca la infinidad de animales que las habitan disfrutan de abundante comida. Durante la estación seca las grandes concentraciones de animales son muy habituales pero con las abundantes lluvias los lugares para beber y comer se multiplican copiosamente y las concentraciones se dispersan.

No obstante, tenemos la suerte de ver todo tipo de animales. Las primeras en aparecer son las sorprendentes y hermosas cebras junto a las profundas manadas de ñus. Luego se van sucediendo los elefantes con sus crías, las elegantes jirafas con su parsimonioso paso, las

juguetonas y pequeñas gacelas Thompson entre los clásicos antípoles como el topi y el impala. Los leones también quisieron dejarse ver así como los malhumorados búfalos, hasta tenemos el privilegio de observar a un esquivo leopardo sobre un árbol. En la gran laguna conviven cocodrilos e hipopótamos, y llegamos a contabilizar hasta 50 hipopótamos asomando tímidamente sus pequeñas orejas.

Pero no debemos olvidar que estamos en territorio Masai. A los miembros de esta valerosa tribu, aun es posible verles dedicados al pastoreo y vigilando sus ganados, en ocasiones atacado por los leones u otros felinos. Y aunque muchos masais ya han claudicado inevitablemente ante el turismo todavía lucen con orgullo sus vestimentas y conservan sus costumbres.

Nada rompe el espíritu que subyace bajo este increíble lugar y se puede disfrutar de la vida salvaje en su medio natural, de una forma tan próxima y real que se convierte en una de las experiencias más enriquecedoras y complacientes.

Existen otros muchas reservas y parques naturales de gran belleza y espectacularidad por el territorio keniata, como por ejemplo la Reserva Natural de Samburu con sus manadas incontables de cebras o de jirafas reticuladas; el Parque de Aberdares, donde existen hoteles al borde mismos de los lagos donde se acercan a beber los animales salvajes o el Parque de Amboseli, donde las grandes manadas de elefantes desfilan ante su insuperable telón de fondo, el monte Kilimanjaro.

En definitiva un prodigioso regalo de la naturaleza que satisface nuestros deseos más profundos de sentirnos lo más auténticamente próximos a la fascinante vida salvaje.

## **CRUZANDO EL ECUADOR**

Desde Kenia emprendemos camino hacia un pequeño país. Encajado entre grandes vecinos, recoge en su interior el escenario por donde valerosos exploradores descubrieron sus secretos más ocultos. Explorando **UGANDA** entramos en el país de las Montañas de la Luna, donde el Ruwenzori con sus más de 5.000 m de altura eleva sus intrigantes cimas nevadas sobre los frondosos bosques selváticos y las cálidas llanuras del Ecuador.

Antes de alcanzar la capital, visitamos la ciudad de Jinja. Lo primero que descubrimos es una población extremadamente encantadora, la primera muestra irrefutable de la simpatía y la amabilidad que va a caracterizar al pueblo ugandés. Donde es posible contemplar templos hindúes, erigidos por la importante comunidad hindú asentada en Uganda desde hace varias generaciones. Éstos fueron expulsados durante la época de terror de Amín Dadá, pero alejados los años de crueldad, han regresado a sus antiguo hogar reconciliados con sus vecinos.

Pero desterrando los fantasmas del pasado emprendemos rumbo a Kampala. En la capital, el caos circulatorio tiraniza las calles. Por sus siete colinas aparecen diseminados los venerados santuarios de hindúes, católicos y musulmanes, testimoniando la actual pacífica convivencia de cultos que se profesa en la pequeña nación.

De espaldas al progreso y a los múltiples ritos, nos encaramamos a una de las siete colinas que configuran Kampala. En este pequeño remanso de paz, alejado de la locura urbana, siguen en pie las enormes cabañas-mausoleo de los reyes -kabakas- del pueblo baganda, tribu emblemática que dominó el país.

Las sombras y el silencio nos acogen en su interior mientras pequeñas cabezas agazapadas se giran, observan por unos instantes a los intrusos y vuelven a sus rezos por las almas de sus loados soberanos. Un pasillo se abre entre los fervientes súbditos conduciéndonos hasta el altar. Los brillos nos muestran sombras y las sombras perfiles, hasta conseguir distinguir esbeltas lanzas guerreras y de caza, medallas y viejas fotografías que rememoran las hazañas de los reyes venerados. Un histórico legado reposando en la quietud que ofrecen las frágiles paredes y columnas de papiro que envuelven estas sencillas pero monárquicas estancias.

Dejando tras nosotros el ruido y la anarquía de la ciudad con los retazos de historia que salpican la imparable y arrolladora modernidad, emprendemos nuestro camino hacia el sur del país bordeando el Lago Victoria. Nuestras máquinas siguen avanzando sur cuando comenzamos a cruzar la línea imaginaria que fragmenta la tierra en dos, introduciéndonos en el hemisferio sur. El cielo del Ecuador se nos presenta de una forma tan próxima que las nubes parecen rozarnos con sus corpulentos brazos de algodón como si tan sólo estirando nuestras manos pudiéramos fundirnos con ellas.

Desde sus 2.000 m de altitud, la ciudad sureña de Kabale custodia celosamente un precioso lago, el Bunyonyi. Sus aguas se deslizan insinuantes entre las frondosas laderas que las aprisionan. Pero el lago también ha conseguido rehenes que apresar y los mantiene aislado en forma de pequeños islotes que emergen copiosamente entre sus aguas como náufragos irrecuperables. Entre ellos navegan las canoas que de un lado a otro del lago se desplazan serenamente.

Desde Kabale es posible iniciar una excursión que les permita alcanzar el Parque Nacional de Bwindi, conocido también por el inquietante nombre de la "Selva Impenetrable". Uno de los pocos lugares en el mundo donde podrá admirarse los tan afortunados y necesariamente protegidos gorilas de montaña, acechados por los cazadores furtivos, que supondrá una intensa experiencia de incalculable valor.

Nuestro próximo destino será encontramos con el Macizo Ruwenzori, uno de los entornos más legendarios que se transforma en cita ineludible de todo aquel que logre llegar a Uganda.

El asfalto desgastado de Ishaka nos recibe y tras nosotros queda el polvo de las pistas recorridas desde el sur. Nos encaminamos hacia la sabana que nos permite avanzar en paralelo con manadas de gacelas y diversos cérvidos que corren sin cuartel. Al cruzar el canal de Kazinga, sobre las reposadas aguas de los Lagos Edward y George, millares de pelícanos invaden sus orillas. No muy lejos, sus más tímidos pero voraces vecinos, los hipopótamos, reclaman un espacio a la colonia invasora con la que comparten territorio. Convirtiéndose en el

preludio de la variada fauna salvaje que es posible admirar en el Parque Nacional Queen Elizabeth, territorio habitado por los más variados antílopes, chimpancés, elefantes y el insólito león trepador de Kigesi.

En Kasese, por fin nos encontramos en las inmediaciones de las míticas Montañas de La Luna. Durante siglos estuvieron envueltas en una sugerente leyenda, el entorno donde se hallan ubicadas es realmente fantasmal. Cubierto con una perenne niebla y sacudido por lloviznas constantes se creía que era tan sólo una acumulación profusa de nubes.

Este halo de misterio convirtió el lugar en una fuente de mitos, por unos límites que nadie se atrevía a traspasar, hasta que a finales del siglo el mítico explorador Stanley identificó tan esquivo lugar, comprobando que esa espesa nubosidad observada no se movía, había descubierto su arrogante silueta y oteó sus picos nevados.

La sensación que nos produce el recorrer los lugares que hace más de un siglo pisó el intrépido explorador Stanley, es mágica y con la historia de su feliz descubrimiento emprendemos el camino. Sus gentes nos confiesan que prefieren llamar a su montaña "Ruwenzori", que significa en su lengua "fabricante de lluvia".

Rumbo a Fort Portal, el camino nos permite avanzar por una zona de sabana y monte bajo que nos proporciona vistas hacia la cordillera del Ruwenzori que tenebrosamente se entredejan escudriñar, moquetadas por un infinito manto esmeralda conservado por la constante humedad que permite extender su dominio extensamente. Las faldas de las laderas del abrupto valle que atravesamos están repletas de cultivos en terraza y de esporádicas cabañas en un admirable juego de equilibrios. La jungla se nos presenta espesa, profusa, inescrutable, como una barrera infranqueable, más que nunca derrocha una vitalidad inconmensurable, nos envuelve a cada paso que damos, ocultándonos en muchísimas ocasiones la luz del cielo cuyos únicos rayos se transforman en las gruesas lianas que descienden de los numerosos árboles que nos rodean.

Un claro tras una curva nos permite contemplar desde lo alto un panorama impresionante donde la selva rebosante deja paso a la amplia sabana y al suelo del territorio congoleño. En medio de la amplia extensión terrenal, el río Semliki serpentea a sus anchas erosionando todo lo que se encuentra a su paso en su avance imparable por su majestuoso valle al otro lado del Ruwenzori.

Llegamos al poblado de Ntandi, la gente se refugia en los soportales de los puestos que han levantado para el mercado de pescado. Entre ellos se encuentran algunos pigmeos con vestimenta occidental integrados con la población local. Nos indican que en las estribaciones de la ciudad de Bundibugyo, en los bosques Semliki, se encuentran aquellos hermanos de tribu que han conservado la tradición tribal. La pista, que nos conduciría hasta allí, ha sido tragada por las lluvias y estará indefinidamente inoperativa. Se trata de una zona pantanosa, donde las incesantes y copiosas lluvias la han transformado en una isla infranqueable y finalmente nos confirman que estos pequeños hombres se encuentran aislados en el interior de la selva.

Desde las entrañas de la selva ugandesa retomamos la pista y nos reunimos de nuevo

con la civilización hacia Kampala.

Penetrando de nuevo en Kenia nos vamos a sumergir en un nuevo territorio, Tanzania, dominado por la cima más alta del continente africano.

## **A LOS PIES DEL KILIMANJARO**

**TANZANIA** alberga otros grandes escenarios de esta seductora naturaleza indomable que acabamos de conocer. Desde la Nairobi dirigimos nuestros pasos hacia el asombroso cráter de Ngorongoro, en el interior de sus más de 21 km de diámetro se encuentra un mundo perdido donde es posible encontrar la vida natural más increíble.

Por sus praderas van apareciendo ante nosotros los grandes animales salvajes, sus verdaderos amos y señores. Los cinco grandes son localizados a medida que avanzamos por las pistas de este increíble paraje: el más castigado por la brutal y ofensiva caza furtiva, el rinoceronte, está especialmente protegido ante su alarmante descenso. Por ello nos causa una mágica sensación el conseguir divisar una mamá rinoceronte junto a su voluminosa e inseparable cría, con la secreta esperanza que con el tiempo sean muchísimos los que por fin puedan pastar libremente por sus legítimas tierras.

Al este del gran cráter, se encuentra el "Gran Espacio", que en lengua masai se conoce como Serengeti. Punto de partida de la peregrinación anual que las prolíferas manadas de ñues y otros herbívoros inician hacia Masai Mara. Pero a la riqueza animal que hemos podido disfrutar por todos estos grandes espacios hay que unir la gran variedad y singularidad de las etnias que habitan estos países. Los masais junto a los samburus o los turkanas, entre otros, cuentan con un fascinante patrimonio de arraigadas costumbres ancestrales de las que se sienten muy orgullosos y que intentan proteger y transmitir a su descendencia a pesar de que el mundo esta a punto de entrar en un nuevo milenio de cambios y progreso.

Pero el gran protagonista de las tierras tanzanas que se eleva hasta 5.895 m es el Kilimanjaro, el reino de las nieves perennes donde según la leyenda el hijo de Salomón y la Reina de Saba al final de su vida se arrojó al cráter con los tesoros de su padre. Eregido como el eterno vigilante de las llanuras ecuatoriales de la sabana quemadas por el sol o ahogadas por las lluvias, sigue escrutando desde su olimpo las tierras de los masais que se extienden por Kenia y Tanzania, y la maravillosa vida salvaje de la que hemos sido testigo.

Con la imagen majestuoso del Kilimanjaro grabadas eternamente en nuestra memoria, nos vamos a embarcar desde el puerto de la capital, Dar es-Salam rumbo a la exótica Isla de Zanzíbar, con sus blancas playas y lujuriente vegetación de palmeras, bananeros y mangos.

Paseando por sus calles descubrimos su más preciados tesoro, la vieja Ciudad de Piedra, con estrechas callejuelas repletas de preciosas casas coloniales de piedra de coral y portones de madera tallada. Éstas continúan siendo mudos testigos de la singular relación que mantiene desde hace varios siglos africanos, hindúes y árabes. También las paredes de sus venerables

residencias presenciaron los entusiasmados preparativos de grandes exploradores como el audaz Stanley o el mítico Livingstone.

Zanzíbar se convierte así en el final perfecto de esta intrépida expedición donde hemos podido disfrutar de tierras legendarias llenas de historia y belleza exultante en combinación con una riqueza y esplendor étnico y animal a través de uno los escenarios más hermosos del planeta.